

de del mismo día, siendo recibido con las más entusiastas demostraciones de aprecio y respeto, y obsequiado por la noche con un banquete en el que reinaron el entusiasmo y la cordialidad.

El Presidente resolvió esperar en Nazas el éxito de las operaciones militares, para fijar, según su resultado, el lugar de la residencia del Gobierno.

El enemigo, por su lado, no permaneció inactivo: puso en movimiento una parte considerable de sus fuerzas, con el objeto de procurar la destrucción del cuerpo de ejército que acompañaba al Presidente, para lo cual, Bazaine, advertido de la gravedad de la situación, ordenó entre otras providencias, que la guarnición de Zacatecas, Aguascalientes y León se moviera al Norte; detuvo al 99º de línea que retrogradaba hacia México, y dirigió rápidamente de San Luis á Zacatecas una columna de refuerzo que había sido destinada á Castagny, que esperaba en Monterrey á que estuviese á su altura la tropa de Mejía, para emprender sus operaciones, las cuales, á consecuencia de la lentitud con que caminaba este jefe traidor, por motivo de las dificultades del camino, sufrieron un retardo que inutilizó su efecto.

El ejército liberal avanzó hasta la Taponá, con el designio de batir al Coronel Martín, situado en Porfías, distante cuatro leguas; pero habiendo tenido noticia su jefe, de que una fuerza procedente de Zacatecas venía en auxilio de la de Durango, y se hallaba á inmediaciones de San Miguel del Mezquital, resolvió sorprenderla y destruirla para quedar expedito, bien para marchar sobre la primera de dichas ciudades, ó bien para revolver sobre la segunda, si así lo exigían las circunstancias.

Esta combinación no dió el resultado que se deseaba, pues el enemigo advertido á tiempo, se retiró, y entonces se volvió al pensamiento primitivo de batir á la guarnición francesa de Durango, para lo cual salió el ejército republicano del referido San Miguel del Mezquital, rumbo á la Hacienda de la Estanzuela, cerca de la cual se encontraban los contrarios, mandados por el Coronel Martín, y se situó en un terreno inmediato á aquélla, apoyando su derecha en un cerro llamado de Majoma, que era la parte culminante de la posición. Allí fueron colocadas diez piezas de artillería y la División Patoni, mandada por éste, quedando las otras dos, la de Zacatecas y la del General Al-

calde, en la llanura, formó el centro y la izquierda del ejército, con la caballería en las dos alas.

Al frente de una sección de exploradores, avanzó Carbajal hasta la Estanzuela, donde empezó á tirotearse con los franceses, causándoles algunas pérdidas; y el Coronel Martín que creyó al principio que sólo tenía que batirse con una corta fuerza, salió de su error cuando habiendo avanzado bastante, conoció que ya no era tiempo de retirarse, no quedándole en tan críticas circunstancias más arbitrio que ordenar el ataque.

La artillería mexicana rompió el fuego sobre la columna de avance, y uno de sus primeros tiros dividió en dos partes al Coronel Martín: el Comandante Japy, que le sustituyó en el mando, continuó el ataque con impetuosidad, ordenando el asalto de la posición, como único medio de ganar la batalla. La defensa fué heroica y encarnizada, logrando el enemigo apoderarse de la altura, tan bizarramente atacada y defendida, después de tres ataques vigorosos que dió, en uno de los cuales recibió una carga brillante de la caballería, sobre la cima del cerro.

Aun cuando los franceses quedaron dueños del campo y de una parte de la artillería republicana, la pérdida que tuvieron fué considerable, quedando en un grado tal de postración, que no se atrevieron á perseguir en su retirada á la fuerza liberal, que se alejó paso á paso del campo de batalla y en el mejor orden.

Allí perecieron gloriosamente los coroneles Fernández y Villagrán que mandaban, respectivamente, los batallones 1º y 2º de Zacatecas; y resultaron heridos, el General Castro, Jefe de la caballería, cuyo manejo excelente rehabilitó esa arma, desprestigiada anteriormente, y el de igual clase, Don Silvestre Aranda.

Por una fatalidad que no puede explicarse satisfactoriamente, el ejército que se había retirado en tan buen orden del lugar del combate, se desbandó casi en su totalidad, la misma noche del día 21, fecha de esa tan encarnizada lucha, atribuyéndose este desastre, según el Sr. Iglesias, á las repetidas marchas y contramarchas que tuvieron que hacer aquellos sufridos soldados, sin haberseles dado ni alimento, ni descanso, ni siquiera el reducido *prest*, á que se les tenía acostumbrados, por no haber permitido socorrerlos, sino en una parte insignificante, la suma escasez de fondos del erario.

Disuelto el ejército de Occidente, los restos que quedaron fueron puestos á las órdenes de los Generales Carbajal y Quezada, de los cuales el primero fué nombrado Gobernador y Comandante Militar interino del Estado de Durango; y el Gobierno, sabedor de la derrota de Majoma se encaminó para Chihuahua, en cuyas poblaciones de tránsito, Río Florido, Villa de Allendé, Hidalgo del Parral, Santa Rosalía y Sta. Cruz de Rosales, fué recibido con demostraciones y actos del más puro regocijo.

Mientras se sucedían los acontecimientos preinsertos, el Estado de Sinaloa era teatro de otros no menos importantes.

Por motivo de la defección de Uruga, el General Corona que pertenecía al ejército del Centro, se separó de éste, y haciendo una marcha difícilísima, se dirigió al Estado de Sinaloa á continuar la campaña.

Los liberales del rumbo, y sobre todo, la noble causa de la Independencia, recibieron un auxilio poderoso, pues el caudillo que llegaba era un joven arrogante y valiente, audaz y político que tenía dadas relevantes pruebas de su abnegación y heroísmo en pro de la autonomía nacional, y que continuaría dándolas en vasta escala, empezando desde luego sus operaciones militares, de acuerdo con los jefes de la demarcación.

Amagado el Puerto de Mazatlán por considerables fuerzas así francesas como traidoras, de las que las primeras llegaron por mar y las segundas por tierra, á las órdenes del bandido Lozada, General del Imperio mexicano, hubo necesidad de abandonar la plaza, la madrugada del 13 de Noviembre, retirándose la guarnición con su jefe Don Antonio Rosales, después de un corto é inútil bombardeo.

Corona se situó entonces en el presidio de San Sebastián, con una

1 En esta población acaeció el siguiente episodio, merecedor de especial recordación:

“Estando ya el Presidente en su alojamiento, solicitó hablarle un tambor, ciego de nacimiento, el cual se expresó con la mayor naturalidad, en términos verdaderamente elocuentes. Habló poco más ó menos así: “Nunca tanto como ahora he deseado la vista, para ver al hombre más eminente de mi país. Dicen los que ven, que el sol es más hermoso en su ocaso, que al principio ó en la mitad de su carrera; y así me parece á mí más grande al Presidente de la República en este remoto Estado, que en México, mandando á los que mandan. Sus eminentes virtudes me son bien conocidas, porque hay cosas tan claras, que hasta los ciegos las ven.” Después de esta peroración, tocó aquel buen mexicano en su tambor una diana, con habilidad y entusiasmo.”

Iglesias.—Revistas históricas.



GENERAL ANTONIO ROSALES.

fuerza respetable, y allí estableció su cuartel general, asediando la ciudad acabada de abandonar, en términos de no permitir el que los franceses y sus aliados pudieran moverse de allí, permaneciendo en las inmediaciones, donde sostenía casi diariamente sangrientos y reñidos combates.

Por su parte, el intrépido Rosales resistía con buen éxito en el paraje llamado la Puerta de Abal, á 600 jinetes de Lozada, y continuaba su marcha para Culiacán, donde entró el 5 de Diciembre, al frente de 500 hombres; y el 19 del mismo, teniendo noticia de que en el Puerto de Altata había fondeado una expedición compuesta de 200 franceses y 390 traidores, salió en su busca el 20 á la cabeza de 400 hombres, única fuerza de que podía disponer.

Al amanecer del 21 rompióse el fuego en el pueblo de Navolato; pero como los expedicionarios no salían de los cerros y bosque en que se habían atrincherado, los republicanos se retiraron á la pequeña población de San Pedro, quedando su caballería hostilizando á los contrarios, á fin de sacarlos á un lugar descampado y conveniente.

En efecto, el enemigo se movió la mañana del 22 sobre el referido San Pedro, distante cinco leguas de Culiacán: forman ese pueblecillo una plaza extensa, cercada por modestas casas, y algunos bosquecillos de árboles de aquella exuberante zona, corriendo á las inmediaciones un río (el Humaya), de poca consideración.

Rosales formó en batalla, colocando en su centro cuatro piezas de artillería, dirigidas por el Teniente Evaristo González, y hacia la izquierda situó un batallón mixto, mandado por su comandante Jorge García Granados, y á la derecha desplegó otro denominado Hidalgo, á las órdenes del Coronel Correa, quedando la caballería de reserva.

El combate empezó desde luego, durando más de media hora el fuego de fusil y de cañón: los franceses trataron de apoderarse de dos piezas de artillería, colocadas en la izquierda de los republicanos, intento que evitó el valiente Granados, no sin quedar gravemente herido; y continuando la acción, Rosales ordenó una brusca carga á la bayoneta, que se ejecutó con decisión y brío, y que hizo perder terreno al enemigo, no obstante la resistencia tenaz que opuso en una extensión de legua y media, hasta que las cargas terribles dadas por el escuadrón de lanceros de Jalisco, mandado por el Comandante Francisco Tolentino, acabaron de decidir el éxito de la batalla.